

11 Jardín del Príncipe

Situación

Entre la calle de la Reina y el río Tajo entre los puentes de Barcas y de la Reina

Fechas

Huertas: O.: h. 1553-1561

Pabellón Real y embarcadero: Fo.: 1754

Cerramiento original: O.: 1758-1759, 1785-1808 y 1845. Resto del cerramiento: O.: 1901-1904

Cinco primeros jardines: O.: 1775-1784

Resto de jardines: O.: 1785-1808

Fortín: O.: 1787-1791

Templetes y obelisco del Estanque Chinesco: O.: h. 1791. Res. Estanque Chinesco: P.: 1990

Castillo: O.: h. 1800-1805

Museo de Falúas: O.: 1963-1966

Autor/es

Huertas: Jerónimo de Algora y Juan Bautista de Toledo

Pabellón Real y cerramiento original: Santiago Bonavía

Cinco primeros jardines: Pablo Boutelou

Resto de jardines: Pablo Boutelou y Juan de Villanueva

Fortín y castillo: Domingo de Aguirre

Templetes y obelisco del Estanque Chinesco: Juan de Villanueva

Res. Estanque Chinesco: Manuel del Río Martínez, Juan Hernández Ferrero, Margarita Mielgo de Castro (paisajista), Ricardo de la Torre (ingeniero)

Museo de Falúas: Ramón Andrada Pfeiffer

Usos

Cultural y recreativo

Propiedad

Pública (Patrimonio Nacional)

Protección

BIC Jardín Histórico 1931

Jardín Histórico y elementos singulares (Revisión PGOU de Aranjuez, 1996)

Paisaje Cultural Patrimonio de la Humanidad 2001

El Jardín del Príncipe es un vasto conjunto de jardines históricos que se encuentra situado al norte de la calle de la Reina y está delimitado por el río Tajo entre los puentes de Barcas y de la Reina. Su superficie es de 145 ha y la longitud entre sus extremos oriental y occidental es, aproximadamente, de 3 Km, con un ancho muy



Vista aérea, 1969. Servicio Cartográfico y Fotográfico, Ejército del Aire.

variable que alcanza los 1.000 m. Creado por Carlos IV siendo Príncipe de Asturias, se denomina Jardín del Príncipe desde 1772, por Real Orden de Carlos III, y es el resultado de unificar diversos trazados anteriores en uno común, aunque en absoluto homogéneo.

Surge el jardín del punto de confluencia del conjunto real con la ciudad de Aranjuez, en la glorieta de Santiago Rusiñol y, por tanto, cerca del Jardín del Parterre, para desarrollarse hasta el extrarradio de la ciudad, en la parte oriental de la misma. En su interior se encuentran varios edificios de interés, entre los que destaca la Casita del Labrador, estudiada en un apartado propio.

La calle de la Reina era una de las más antiguas trazadas en Aranjuez, y ya en 1540 había noticias de ella, pero no fue hasta 1553 cuando Gaspar de Vega planteó una gran avenida arbolada con cuatro hileras de chopos y álamos y dos

amplias plazas de forma rectangular y cuadrada, como las que había visto en Flandes, después modificadas por Juan Bautista de Toledo y ya plantadas en 1564.

Se accede por varias puertas, hasta un total de quince, a lo largo de la calle de la Reina; la más importante, aquella más cercana al palacio y en el extremo occidental, se denomina puerta del Embarcadero o del Príncipe. Obra de Villanueva, se compone de dos magníficos grupos pétreos formados cada uno por cuatro columnas de granito de orden jónico sobre basamentos que ocultan sendas garitas para los guardas, y rematado con entablamento y dos cubiertas a cuatro aguas con jarrones sostenidos por amocillos y florones, obra de Pedro Mitchell, que sustituyen a las esculturas de mármol originales. Fue construida entre 1785 y 1791, durante el reinado de Carlos IV. La reja de hierro, atribuida a



Puerta del embarcadero.



Cerramiento y Pabellones de Guardas.

Villanueva, rompe con la estética rococó francesa para volver a esquemas repetitivos neoclásicos; su autor parece que fue el cerrajero Antonio Fernández. En la misma plaza de acceso todavía encontramos otras dos garitas o pabellones simétricos, esta vez de ladrillo visto y portada de piedra, compuestas a partir de los machones que sostienen la verja que cierra el conjunto y cubiertas de teja árabe. Estas pequeñas construcciones se unen a las dos grupos de columnas con sendas puertas menores y reja similar, que forman originariamente parte del conjunto.

Los machones del cerramiento, asimismo de ladrillo visto con remate decorativo oval de piedra y zócalo del mismo material, que forma la albardilla del murete del cierre, se construyeron en 1758-1759 por Santiago Bonavía, aunque sólo en el primer tramo de la calle de la Reina, pues el resto, con el mismo diseño, se realizó después de 1785 hasta la segunda plaza cuadrada, pero en 1808 se interrumpió la obra con la Guerra de la Independencia, por lo que se completó en 1845. Originariamente llevaban verjas de madera, después reemplazadas por las metálicas con diseño de Félix Muñoz de 1900, cuya obra se realizó entre 1901 y 1902 para continuar hasta 1904 para el parque de Miraflores. Constituye este sistema de cerramiento uno de los primeros introducidos en España en sustitución de la tapia. En el punto de acceso de dicha puerta principal esta verja retrocede y crea una pequeña antepuerta.

El sistema de cerramiento de la calle de la Reina se compone a partir de un módulo basado en dos de dichos pilastrones y su verja, elemento que se convierte en puerta o se maciza para introducir los pabellones de acceso o muros con un hueco de vigilancia en puertas menores.

Una vez dentro del jardín, encontramos una plazoleta con quioscos pintorescos de madera y cubierta vegetal de donde surge, perpendicular a la de la Reina, la calle del Embarcadero o Alfonso XII, plantada de cuatro hileras de árboles –plátanos, tilos y olmos, aunque originariamente de álamos negros– que se dirige a la parte septentrional. Fue ideada por Farinelli, cantante y músico a las órdenes de Fernando VI, y construida en 1754.

En la parte occidental discurre el paseo al lado del río Tajo, con un fuerte pretil de mampuesto de piedra que protege todo el jardín de las crecidas, con albardilla del mismo material y macetas de Alcora. La irregularidad del cauce permite la creación de un pequeño triángulo ajardinado de dibujo paisajista. El cruce con la gran calle transversal que lleva hacia la parte oriental, denominada de la Princesa, organiza la plaza de Pamplona, circular con una pieza vegetal de igual forma en la parte central y ocho jarrones perimetrales con frutas y flores, todo de piedra de Colmenar. Ambas calles delimitan la antigua Huerta de la Primavera.

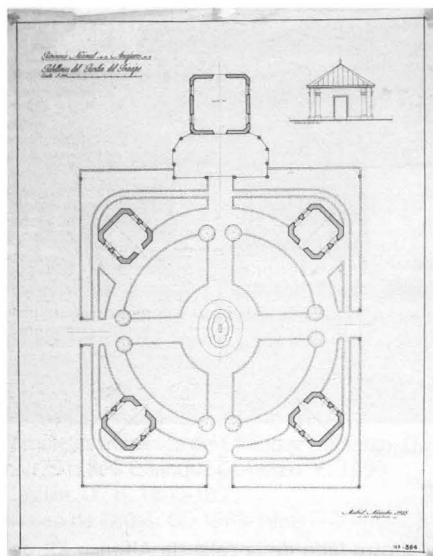
La calle del Embarcadero se prolonga tras esta plaza hasta alcanzar un conjunto de cinco pabellones y el embarcadero de Fernando VI. En la parte derecha, al separarse el cauce del Tajo, se traza el llamado Jardín Español, un conjunto regular formado por una sucesión de tres plazas cuadrangulares plantadas de plátanos y acacias de tres espinas organizadas alrededor de unos estanques con setos de aligustre y unidas por túneles de verdor, con una escultura que da nombre al espacio. De fuerte carácter neoclásico, los espacios residuales del denominado primer jardín hacia el río o la calle se diseñan de forma más libremente. Enfrentado a este jardín,

y al otro lado de la calle de Alfonso XII, se encuentra un amplio espacio acuartelado con plazas circulares y árboles frutales en los paseos, con huerta y plantación de flores en el interior de los cuadros, llamado el segundo jardín. Toda esta zona anterior a los pabellones y embarcadero se denominaba el Sotillo, perteneciente a D. Gonzalo Chacón, Alcaide de las Dehesas de Aranjuez, que se plantó como pradera al trazar dicha calle del Embarcadero o Alfonso XII en 1754. En ella se introdujeron posteriormente el segundo, tercer y cuarto jardín, así como, a finales del siglo XIX, el denominado Cenador de Rusiñol, una glorieta de cipreses que forma un cenador en el encuentro de dos calles diagonales, uno de los motivos preferidos de este pintor.

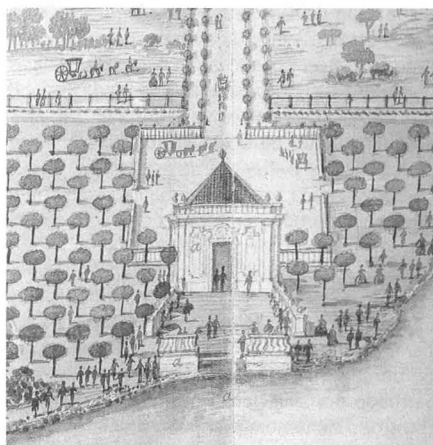
La ya citada zona del embarcadero, al final de la calle homónima, está en contacto con el cerrado meandro del río Tajo y se compone de cinco pabellones y un jardín ochavado, así como el fortín, el castillo y el moderno Museo de Falúas Reales. Precisamente esta calle y su desarrollo tienen como fin conectar la de la Reina con el embarcadero y el pabellón real creado por Santiago Bonavía para Fernando VI en 1754. Estos dos elementos permitían a la familia real utilizar la flota de góndolas o falúas que surcaban el Tajo en los divertimentos musicales creados para ellos por Farinelli.

El embarcadero surge al abrirse los muros de protección del río, que se pliegan para alojar el muelle o plataforma de embarque y las amplias escaleras, todo ello rematado con elementos de estilo militar, como bastiones, almenas y dos magníficos garitones de piedra en los extremos, denominados el fortín, que proporcionan el acento vertical al conjunto. Este fortín fue realizado por Carlos IV entre 1787 y 1791, con direc-

El Sitio Real. Conjunto principal. Jardín del Príncipe



Plano de los pabellones del embarcadero, 1945. Diego Méndez. Archivo Estudio Diego Méndez.



Pabellón del embarcadero (fragmento), 1758. Libro de Farinelli. Biblioteca de Palacio.

ción del ingeniero Domingo de Aguirre y tenía una batería de cañones de pequeño tamaño para hacer las salvas a la familia real en sus navegaciones por el Tajo. Al terminar las escaleras, elevado, se encuentra el pabellón real, pieza cuadrada achaflanada en las esquinas con cubierta a cuatro aguas de pizarra. Construido en piedra,



Pabellones del Embarcadero. Museo del Prado.



Embarcadero y Pabellón Real.

tiene en el eje del embarcadero dos puertas adinteladas, una en cada fachada, y en las laterales, dos. Sendas pilastras toscanas en los extremos inician los pequeños chaflanes y soportan la cornisa, sin ser una de las obras más logradas del arquitecto. Inicialmente los paños estaban decorados, como se puede ver en el libro de Farinelli, y en el interior los suelos eran de azulejos de Manises.

Los restantes pabellones, algo más pequeños y de factura más sencilla –aunque conservan los chaflanes, la cubierta de pizarra y el orden de huecos del principal– parecen ser construidos posteriormente, como muestra el citado libro de Farinelli, encargados por Carlos III como casinos de recreo para los príncipes de Asturias, Carlos y María Luisa, aunque tradicionalmente han sido considerados obra de Fernando VI y contemporáneos al pabellón principal y embarcadero, como señaló Quindós (Carlos III aprobó para el futuro Carlos IV la erección de una casa de campo en el Sotillo hacia 1780, donde intervino Marquet, y cuyos jardines fueron trazados por Boutelou en 1784). Dibujan estas cuatro pequeñas construcciones un espacio central ochavado que se ajardina ya en época de Carlos IV con cuatro cuadros de flores que forman un crucero: el eje principal es la prolongación de la calle del Embarcadero y lleva directamente al pabellón real, que queda algo retranqueado frente a dicho jardín. En la plaza central se sitúa una pequeña fuente compuesta por una taza baja de forma oval, prácticamente a ras de suelo, y una figura de Neptuno de mármol de Carrara con surtidor –anteriormente se localizaba en este punto una fuente de Diana– que provenía de la puerta denominada del Blanco (según Olaguer, esta escultura es una alegoría del río Tajo que atribuye a Joaquín Dumandre). Originalmente se cerraba el jardín por sencilla verja y se plantaba de flores y frutales, adornado con bustos de emperadores romanos. En la actualidad setos bajos de boj

dibujan el crucero y en el interior de los cuadros plantaciones inapropiadas rompen con la unidad del conjunto al impedir la relación visual entre los elementos –especialmente dos grandes magnolios de colocación asimétrica–. Posteriormente, se añaden a los pabellones unas pérgolas de hierro forjado, que junto al entramado original de madera –treillage– para trepadoras, les confieren un típico carácter pintoresco de casinos de recreo.

La disposición en ochavo del jardín de los pabellones es similar a los de la casita del infante don Gabriel, obra probable de Villanueva y Serrano, situada –hoy desaparecida– al otro lado del Tajo, enfrente de los pabellones.

En esta misma zona, cercana al embarcadero, se construyeron dos piezas de carácter militar por el ingeniero Domingo de Aguirre –autor del magnífico plano del Real Sitio de 1775–, que son el fortín ya descrito y el castillo, que se encuentra hacia el norte, en el punto de giro del meandro del Tajo; levantado en fábrica de ladrillo, no se llegó a revestir de piedra de Colmenar por la Guerra de la Independencia –en 1803 no estaba acabado–. Su función era la de constituir un mirador privilegiado en una zona caracterizada por una topografía horizontal. Las magníficas salas abovedadas interiores se han aprovechado en la actualidad para una empresa hostelera.

Entre los pabellones, la huerta y el río Tajo se situaban dos jardines realizados, según Sancho, entre 1775 y 1785: el primero, hoy desaparecido, era un bosque de álamos negros, y, el segundo, donde se inauguró en 1966 bajo proyecto de Ramón Andrada el Museo de Falúas –que conserva las espléndidas embarcaciones que formaban parte de la flota del Tajo, utilizada por la realeza en sus paseos fluviales, destruida por los franceses en la Guerra de la Independencia y restaurada por Fernando VII en 1816– se organizó un jardín dentro del estilo paisajista deno-



Cenador de Rusiñol. Foto Alberto Sanz.

minado "el desierto", con calles sinuosas y una gran pradera central con caminos arenados que se abría en ciertos puntos al río Tajo, adaptado al perímetro regular del terreno. Su ordenación proviene, igual que otros jardines del mismo tipo, del momento de integración de todas las piezas exentas en un conjunto superior, el Jardín del Príncipe, que exigió la terminación de las zonas no tratadas, como la arriba citada. De esta labor de engarce se encargó Pablo Boutelou, que presentó un proyecto en 1784 en el que integraba la Huerta de la Primavera, el embarcadero y pabellones y la calle del Embarcadero con la plaza de Pamplona.

En el resto de espacios residuales entre estos elementos y el río Boutelou diseñó, además del desierto, dos jardines más: el primero, triangular y situado al norte de la Huerta de la Primavera, se denominó anglo-chino y constituiría el tercer y cuarto jardín al estar separado por una explanada con diversas construcciones de servicio —reflejadas en el plano de Boutelou y desaparecidas en la actualidad— de la naranjería, invernadero y arsenal de falúas, que fue sustituido en época de Carlos IV por la Casa de Marinos, construida al otro lado del río —ver capítulo correspondiente a las Huertas de Picotajo—, pero resta un sencillo embarcadero abierto en el pretil. De diseño irregular, con caminos sinuosos hoy enmarcados por setos de aligustre y desordenados grupos de arbustos y árboles, incluía el tercer jardín en su parte central un espacio oval hoy conservado con la fuente de Narciso, ya del reinado de Carlos IV, obra de Joaquín Dumandre y reformada —sustituida, según algunos autores— por Isidro González Velázquez junto a Agreda en 1827 tras los destrozos sufridos por la invasión francesa. Esta fuente es uno de los elementos escultóricos principales del Jardín del Príncipe junto a la de Apolo. Se compone de un gran vaso a ras de suelo de forma circular realizado en piedra, en cuyo interior encontramos



Fuente de Narciso. Foto Alberto Sanz.



Fuente de Apolo.

dos jarrones de narcisos con surtidores y la propia fuente de Narciso, una taza elevada por cuatro atlantes apoyados en un grueso pilar sobre rocas surgiendo del agua; de la taza surge un pedestal de piedra, como todo el conjunto, sobre el que se coloca la figura de Narciso en el acto de ver su reflejo en el agua, escultura interesante y de tamaño regular, pero quizá algo desproporcionada respecto al elemento que lo sustenta.

En el cuarto jardín, que ya en el plano de Boutelou tenía calles rectilíneas insertas en un gran prado, se encontraba la también plaza oval con la fuente de Ceres, destruida en la guerra contra Francia, rehecha en 1828 y trasladada en el siglo XX al Jardín del Parterre, aunque se conserva el pilón en su lugar, después de un traslado intermedio. Los setos de aligustre y la regularidad del trazado, especialmente la calle

El Sitio Real. Conjunto principal. Jardín del Príncipe



Fuente de Apolo, 1930. Javier de Winthuysen. *Jardines Clásicos de España*.



Pabellón clásico del Estanque de Chinescos.

que une ambas plazas, proporcionan al cuarto jardín una imagen claramente neoclásica, a pesar de la libre disposición de los cuadros interiores. Desde esta plaza de la antigua fuente de Ceres se alcanza por una calle recta otro espacio con un estanque bajo y una roca donde dos tritones sostienen un cisne, que da nombre a la fuente. Se construyó en época de Carlos IV y fue restaurada asimismo con las anteriores, sin cambios significativos.

La Huerta de la Primavera, vasto conjunto de trazado ortogonal apoyado en la calle de la Reina, tiene sus orígenes en el siglo XVI, cuando se integraron en 1543 en la Corona las antiguas huertas y sotillo de Don Gonzalo Chacón y se compraron en 1535 las pertenecientes a la Encomienda de Alpagés. Felipe II previó el riego de la huerta mediante el Caz de las Aves, que corre paralelo a la calle de la Reina en esta parte. El conjunto de huertas, entre las que destaca la Huerta de Arriba o de los árboles—con proyecto de Jerónimo de Algorta que no gustó a Juan Bautista de Toledo, que la diseñó de nuevo en 1561—, la Guindalera, el Jardín de los Negros y el Esparragal, fue reordenado en 1756 por Fernando VI con el nombre de la Primavera, bajo proyecto de Esteban Boutelou II y Ruitgers, proveniente de Flandes. Dos años después, Santiago Bonavía realizaba el *ha-ha* entre dicha huerta y el Sotillo, que permitía el contacto visual pero no físico, para lo cual se eliminaron las tapias que

lo circundaban. En 1789, una vez integrada la Primavera en el Jardín del Príncipe, se substituyó el *ha-ha* por un paseo plantado de sauces de Babilonia. Tuvo gran importancia en el siglo XVIII el cultivo de frutales, con más de 110 variedades de peras, manzanas, ciruelas, guindas, granadas y moreras, aparte de las vides. En los cuadros meridionales, inmediatos a la verja, se diseñó un conjunto de carácter ornamental, a modo de bosquetes. En la parte norte, cerca de la calle de la Princesa, se introdujeron a finales del siglo XIX y comienzos del XX un grupo de construcciones de recreo y servicio—invernaderos, semilleros, obra civil e hidráulica, etc.—, y el interesante conjunto de caces de ladrillo con puentes de piedra de Colmenar de sección abombada para el paso de carruajes. Esta amplia zona se mantiene hoy sin cultivar rodeada de cipreses y trazada con una sencilla malla ortogonal, simplificada de la más completa anterior. Una de sus calles principales, la del Castillo—denominada así por conectar directamente la calle de la Reina con dicho edificio—se abre al exterior mediante una sencilla puerta con doble pabellón-tipo de acceso, que se ha venido llamando de la Primavera, y que se abre directamente en la línea de cerramiento, sin antepiazza.

En un terreno al nordeste de la Huerta de la Primavera, entre el Tajo y la verja existente en la parte oriental, se realiza el denominado quinto jardín, también de mano de Boutelou y en estas

fechas finales del siglo XVIII. Se compone de dos partes separadas por una calle plantada con cuatro filas de plátanos, llamada de la Princesa, que terminaba en una de las puertas de hierro que cerraban la Huerta de la Primavera por este lado. El trazado del jardinero se simplifica en la parte mayor y septentrional, de forma rectangular, que forma una glorieta central circular con ocho calles radiales de dibujo irregular—aunque algunas son rectas—. Los prados y las bóvedas que deberían crear los árboles, como en el resto de los jardines a la moda inglesa diseñados por Boutelou, han desaparecido y se forman unos cuadros similares a los ya vistos, con aligustre y plantación interior irregular.

En el proyecto de Boutelou la Huerta de la Primavera se cerraba hacia el este con un foso o *ha-ha* que se prolongaba para limitar, del mismo modo, el quinto jardín. Una nueva calle separaría lo ya proyectado de la zona oriental, prácticamente intocada y tratada como soto, que se denominaba el sexto jardín. Esta vía, que llevaría hacia la fuente de Apolo, tomó el nombre de Isabel II y fue plantada de plátanos a comienzos del siglo pasado. La perspectiva desde la puerta en la calle de la Reina nunca llegó hasta el río Tajo, tanto por la fuente de Apolo como por la anterior casa con corral del jardinero de 1765, previa a la actuación de Boutelou, que se derribó al trazar la calle. El acceso desde la calle de la Reina, magnífica portada también atribuida a



Pabellón chinesco del Estanque de Chinescos.



Estanque de Chinescos, 1832. Fernando Brambilla. *Palacio Real de Madrid*.

Juan de Villanueva, presenta dos grandes machones con sendas pilastras de orden toscano –probablemente obra de Isidro González Velázquez, pues Villanueva utilizó masivamente el jónico– centradas y formando, por tanto, una planta en cruz en cada elemento. Se estrian las pilastras hasta un tercio de su altura y se coronan con entablamento y fuerte cornisamento, todo de piedra de Colmenar, similar a la de la plaza Redonda, pero sin el remate metálico y jarrón ornamental superior. Como las otras dos puertas anteriores, la principal y la de la Huerta de la Primavera, presenta dos pabellones de acceso iguales.

La fuente de Apolo es, sin duda, el elemento escultórico más importante del conjunto: no sólo sirve de fondo perspectivo de la calle de Isabel II, sino que es la pieza que proporciona el punto de inflexión entre los trazados históricos del Jardín del Príncipe con los estrictamente paisajistas. Se compone de dos elementos arquitectónicos laterales, zócalos con machones con un acabado de almohadillado horadados por unas ventanas en forma de arco con cabezas de cupidos todo ello de piedra, rematados por sendos cestos sostenidos por dos niños, en plomo pintado. Entre estas piezas se sitúan un semicírculo de columnas de orden corintio decoradas con cisnes enlazados y guirnalda de hojas, ambas de plomo pintado. En el centro de este conjunto se encuentra una gran roca artificial apiramada con la escultura de Apolo en mármol de Carrara sobre ella. El pilón, bajo, muestra un semicírculo

frente al dios y se cierra en los dos machones laterales –hoy está rodeado por una triste plantación de flor de temporada y bojes en bola, protegidos por una verja que nada tiene que ver con el conjunto–. Un semicírculo de cipreses proporciona un fondo continuo –hoy perdido– en su vista frontal, que es la que está diseñada.

La interesante escultura de Apolo se trajo en 1789 de La Granja, y se cree obra francesa o italiana del siglo anterior. Primero fue pensada su colocación en el Estanque Chinesco, pero se desechó la idea por la nueva localización, posterior a 1791, aunque en 1804 no estaba terminada –según López y Malta fue comenzado en 1803–. El conjunto arquitectónico parece ser de Isidro González Velázquez, que restauró las otras fuentes en 1828 tras los destrozos de las tropas francesas, momento probable de la obra, aunque está firmado tres años más tarde, según Sancho. Olaguer se la atribuye a Agreda, que debió colaborar con el arquitecto.

El ambicioso plan de fuentes, similar al de La Granja, para lo cual se trajo de este Real Sitio al escultor Joaquín Dumandre, no fue desarrollado debido a los graves problemas económicos.

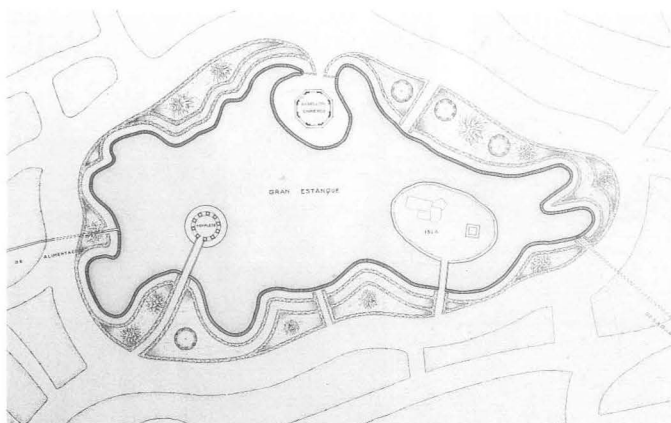
A partir de este punto, la calle de Isabel II, las circunstancias no eran las mismas que en la parte occidental: el terreno, de gran amplitud, estaba virgen y ya se podían aplicar las reglas compositivas del paisajismo inglés sin las cortapisas de la falta de espacio o de trazados preexistentes.

Estaríamos, entonces, en el sexto jardín,

donde se pueden mantener las condiciones de soto, pues se aprovechan los grandes árboles y se organizan prados artificiales y calles de chopos de Lombardía y plátanos. Aquí se encuentra el conjunto más logrado de todo el jardín del Príncipe: el Jardín Chinesco. Se compone de tres piezas principales asociadas a un estanque –Chinesco, de los Chinescos o de los Peces– de forma compacta pero con orillas irregulares, aunque sin apariencia de naturalidad, que son el templete chinesco, el templete clásico y el obelisco. El elemento acuático, rematado en ladrillo visto a sardinel y sencilla barandilla rústica de cañas, hoy desaparecida en parte, se fortalece con tres islas que alojan los elementos arquitectónicos; todas ellas tenían un pequeño paso o puente para facilitar su acceso aunque también se podía llegar por barca –la isla del obelisco no tiene puente en la actualidad– y las de los templete son regulares, mientras que la del obelisco es de aspecto más natural y salvaje gracias a las rocas que conforman su borde y la vegetación irregular de su interior. Esta isla y el templo clásico se encuentran en los extremos del lado más largo del estanque, el este-oeste, mientras que el pabellón chinesco, también en la misma ribera, ocupa el extremo del más corto, en el punto medio del eje mayor hacia el sudeste. Esta ordenación es la que proporciona al conjunto la variedad de vistas de corte paisajista que animan el circuito o recorrido –ciertamente corto– que se puede realizar alrededor del estanque.

Los tres elementos arquitectónicos estaban

El Sitio Real. Conjunto principal. Jardín del Príncipe



Plano del Estanque Chinesco (fragmento), 1945, Diego Méndez. *Archivo Estudio Diego Méndez.*



Puerta de Carlos III. *Foto Alberto Sanz.*

trazados por Juan de Villanueva. La composición paisajista del conjunto se le atribuye a él, pues Ponz señala que: "La dirección general y disposición de todo lo referido ha estado a cargo de Juan de Villanueva,...habiendo hecho lo mismo el benemérito don Pablo Boutelou en la parte de jardinería y plantación puesta a su cuidado...". Su construcción se realizó cerca de 1790, pues un año después estaba acabado el chino y avanzado el clásico (según Quindós el jardín sexto se realizó en 1785). En la Guerra de la Independencia desaparecieron la barca y las esculturas egipcias ubicadas en los intercolumnios del templo clásico, así como el dragón dorado de su cubierta; se destruyó el templo chino, reconstruido en 1826 con diseño nuevo por Isidro González Velázquez, aunque mantenía la planta, y se rehizo la cubierta del templo clásico por el mismo arquitecto cerca de 1820. En 1844 y 1849 se volvió a restaurar el chino y de nuevo con Amadeo de Saboya en el poder, hacia 1870. El conjunto ha sido asimismo restaurado entre 1990 y 1992 con la paisajista Margarita Mielgo y el ingeniero técnico forestal Ricardo de la Torre y el templo monóptero por el arquitecto Juan Hernández y María Luisa Bujarrábal en 1990-91; previamente se eliminó la piscifactoría de Icona existente en el lugar desde los años cuarenta.

En el punto más occidental del estanque encontramos la isla con el obelisco, austero elemento de piedra de 7 m colocado sobre rocas de aspecto natural acompañadas de varios árboles, alguno de gran tamaño que compite intencionadamente con el propio obelisco, como se puede apreciar en una imagen de Brambilla de 1832, donde encontramos también una gruta en las rocas de donde manaba el agua del

estanque, rematada en proyecto con la escultura de Apolo de la fuente homónima. Su visión desde el este, es decir, desde los otros elementos, se ve interrumpida por la vegetación. Se compone de un pedestal paralelepípedo sobre una grada que sostiene cuatro galápagos de bronce en los cuales se apoya el obelisco, troncopiramidal y sin ninguna inscripción. Todo el conjunto es de granito.

El templete clásico, el típico tholos griego de planta circular, es un edificio monóptero con diez columnas de orden jónico de un bello mármol verde oscuro traído de la Granja; el entablamento y cornisa son de caliza y la cubierta de casquete esférico originariamente de plomo con remate decorativo de una piña —antes un dragón dorado— oculta una cúpula interior pintada al óleo por Zacarías González Velázquez. Entre las columnas se encuentran unos cubos de piedra que albergaban una colección de estatuaria, unos ídolos egipcios de mármol negro, robados en la invasión francesa. Unas escaleras en el extremo contrario al de acceso permiten alcanzar el nivel de agua. La isla, también de planta circular, se ciñe prácticamente a las dimensiones del templo.

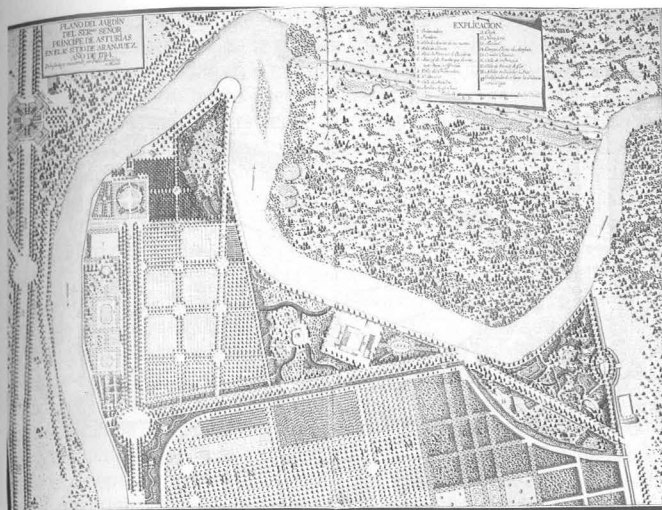
El pabellón denominado chino, que como otros muchos de su momento, tiene notables rasgos neogóticos, es una pieza de madera de forma octogonal situada en una isla circular de superficie mucho mayor que la del pequeño templete. Una puerta y barandillas de madera y de estilo similar permiten el acceso a la Isla. Cuatro miradores que se adosan al octógono se alternan con otras tantas puertas, pero en la parte superior la planta recupera su perfecta geometría. Unas columnillas de estilo oriental recorren los alzados en los vértices y entre ellas, paneles de

madera trabajados con dibujos geométricos de supuesto origen chino. En las puertas varios arcos apuntados trazan una celosía propia del gótico, dibujo que se repite en la parte superior de los miradores y en la barandilla y puerta de acceso exterior. La cubierta, con ocho aguas, tiene una sección curva también de inspiración oriental, con una linterna superior. Para Sancho es "más bien un quiosco turco".

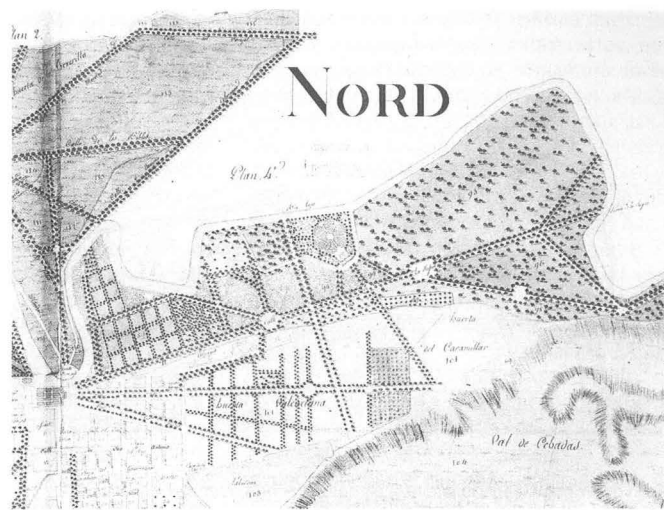
El templete original realizado por Villanueva se componía de dos cuerpos independientes separados por un tejadillo con paramentos que formaban "grecas chinas caladas" más ligeras que las de González Velázquez, discípulo del anterior, y cubierta de fuerte pendiente. Sin duda era uno de los primeros elementos de este estilo introducidos en España, dentro de la estela de Chambers, y, seguramente, el más interesante. El nuevo, restaurado por González Velázquez, forma parte de un pequeño grupo de obras de este autor, como las levantadas en el Buen Retiro y el mirador de la Montaña Suiza en el mismo Jardín del Príncipe.

Al sur del Estanque Chinesco se construyeron una serie de edificaciones de servicio tras la Guerra Civil, entre las que destaca el edificio de estilo escurialense, similar a obras de Diego Méndez, con planta en forma de T, cubiertas de pizarra y muros de fábrica de ladrillo visto que forma un innecesario telón de fondo al Estanque Chinesco desde su panorámica septentrional.

En la parte norte, más cercana al río, en el séptimo jardín, se levanta una colina artificial para conseguir vistas, la denominada Montaña Rusa o Suiza. Se realizó en época de Carlos IV sobre una sala basilical no terminada que fue trazada por Villanueva, probablemente para rea-



Proyecto del Jardín del Príncipe, 1784, Pablo Boutelou. *Biblioteca de Palacio*.



Jardín del Príncipe en Plano del Sitio de Aranjuez (fragmento), 1810. Santiago Loup. IGN.

lizar un *hameau* para Carlos IV, según Sancho. Quindós habla de este conjunto en 1804 como proyecto suspendido. La montaña fue concluida por Isidro González Velázquez por orden de Fernando VII con claras semejanzas con la coetánea del Buen Retiro. El arquitecto la concluyó en su cima con la colocación de un templete neogótico de madera de planta cuadrada y cubierta a cuatro aguas de pizarra. A sus pies se construyeron una serie de edificaciones de estilo rústico que se acompañaron del departamento de floricultura. Todo el conjunto ha sido acondicionado recientemente.

También dentro del séptimo jardín, la extensa zona entre la calle de Carlos III y la de San Francisco de Asís —antigua calle del Blanco— fue tratada con un amplio programa paisajístico. En la parte norte, cerca del río Tajo, se introdujeron antes de 1794 las plantas exóticas que había mandado traer Carlos IV de los territorios españoles de Ultramar en una composición de calles estrechas y serpenteantes que llevaban a una casa rústica, con riachuelos, puentes y colinas artificiales buscando la representación de las islas americanas y asiáticas, como se denominaba a la zona, de tal forma que el interés botánico era máximo en el siglo XIX. En su entorno todavía se localizan en la actualidad varias casas de tipo rústico, una de ellas, más antigua, apoyada en el pretil de muro de fábrica y final de unos de los caces de riego de la calle de San Francisco de Asís, y un pequeño riachuelo con una gruta artificial que contenía la estatua de Neptuno, hoy en los

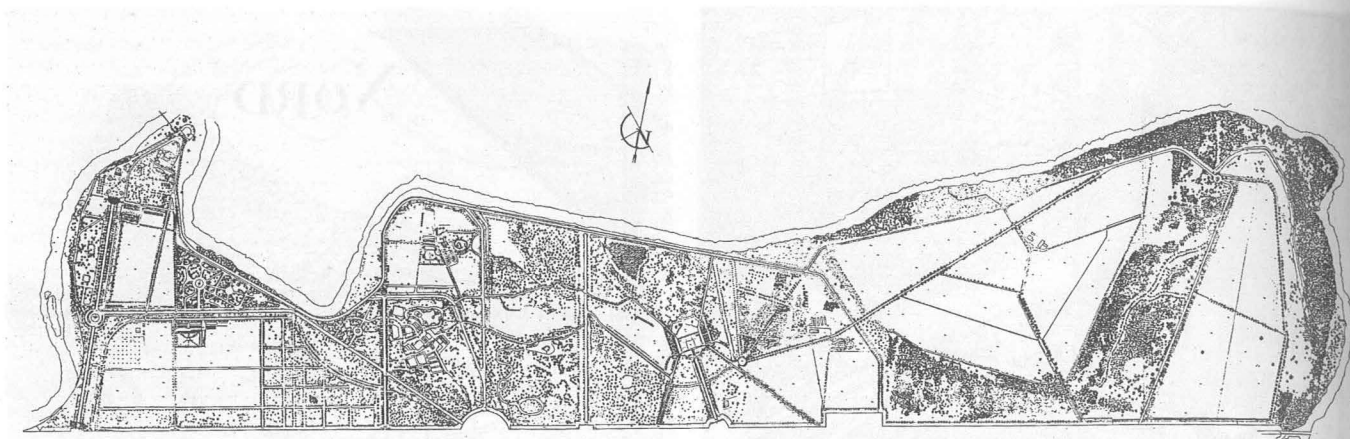
Pabellones del Embarcadero. Hacia el sur, en el tramo más cercano a la calle de la Reina, se construyó por mandato de Carlos IV una ría de trazado sinuoso animada por distintas islas, cuyo origen se encuentra en la representación del encuentro del Tajo y el Jarama, en el cual una fuente, diseñada por Joaquín Aralí y terminada en 1796, abastecía de agua a la ría. Esta fuente se acompañaba de dos estatuas de plomo encarnando ambos ríos, junto a otras figuras, y de un peñasco surgía el agua. En una de las islas, la conocida por “las Mercedes”, se introdujo una casita o choza, denominada del Ermitaño, de estilo pintoresco, con solado traído de unas ruinas romanas de Sepúlveda, y un puente enfrenteado a la casa realizado con ramas y un huerto, todo ello destruido, aunque su imagen aparece en una obra de Brambilla de 1832. El puente metálico actual, sencillo y muy ligero, es posterior. Si bien la huella de la ría todavía es visible, su deterioro es grande; el conjunto mantiene un aire más “natural” que paisajista, sin duda por falta de mantenimiento y descuido. Los trazados del viario en esta zona responden a las mismas características de dicha ría: líneas sinuosas e irregulares, composición enfatizada por el desorden en las plantaciones y la inexistencia de cuarteles definidos por setos de aligustre, como sucedía en el resto de los espacios pseudopaisajistas del Jardín del Príncipe.

La puerta de la plaza Redonda, donde nace la calle de Carlos III, presenta un gran espacio circular plantado de plátanos como antepiazza a

la gran portada, aunque su origen es anterior, pues estaba ya planteada a mediados del siglo XVI cuando se trazó en la calle del a Reina junto a la cuadrada más alejada. A dicha plaza se abrían también otros dos accesos simétricos: uno a la calle de la Princesa y otro a la ría más arriba nombrada. La portada, similar a la de la calle del Isabel II, presenta sobre el cornisamento —y a diferencia de la anterior— una pequeña cubierta metálica y remate con pedestal y jarrón. La puerta de hierro, sencilla, debía pertenecer también a la mano de Juan de Villanueva, al que se atribuye su autoría. Otros dos pabellones de ladrillo visto similares a los anteriores se sitúan a ambos laterales, además de una caseta pintoresca de información.

La puerta del Blanco o San Francisco de Asís, en referencia a la amplia calle —actualmente con setos de aligustre y alineaciones de cipreses— que nace en ella, es una puerta sencilla entre dos machones-tipo pero con pequeña antepiazza cuadrangular y los dos pabellones repetidos en todo el cerramiento. Presenta dos puertas laterales en los lados cortos de la plaza, cuyos machones son el muro lateral del pabellón y un módulo de verja macizado de fábrica, con un hueco de vigilancia, modelo repetido en el parque de Miraflores. El conjunto fue realizado después de 1803 y antes de 1808, durante el reinado de Carlos IV.

Entre la antigua calle del Blanco, a la que se sustituyeron sus chopos de Lombardía en 1882, y el parque de Miraflores se encuentra el denominado octavo jardín, donde se localiza la edificación más emblemática del Jardín del Príncipe,



Jardín del Príncipe. Servicio jardines, parques y montes. *Patrimonio Nacional*.

la Casita del Labrador, que, como ya hemos dicho, se analiza en un capítulo aparte. Este terreno era menor, pero el cauce del río Tajo varió hacia el norte –como se ve en la curva de la calle de Carlos III– y una amplia franja de terreno llamada Isla de Palomeros se añadió al conjunto; precisamente en esta parte se construyó la Casita, terminada en 1803. El antiguo lecho del río se mantuvo como ría, de tal manera que se accedía a la construcción mediante tres puentes de madera con dos garitas en el acceso, como se puede apreciar en las vistas de Isidro González Velázquez de 1798. El mismo arquitecto suprimió la ría en 1828 por razones higiénicas, cuyo espacio se transformó en una plaza amplia de trazado formal, pues se introdujeron cuadros de flores y jarrones de mármol, así como árboles pequeños. En 1834 los jarrones fueron trasladados y algunos de ellos colocados en el Jardín de Isabel II, fecha en la cual se reduce la plaza y, según Sancho, probablemente se trazaran las calles adyacentes, pues no todas aparecen en el plano de Loup.

Alrededor de la Casita, una vez terminada, se comenzaron a dibujar unos jardines de tipo paisajista hacia la calle de la Reina y más formales en el resto, como el laberinto creado ese mismo año de 1803 en su lado occidental, después destruido y vuelto a plantar en 1849, hoy desaparecido. En la parte trasera, hacia el Tajo, se introdujo una pieza denominada el Exágono, cuyo trazado de esta forma se puede ver en el plano de Loup de 1811, por lo que es obra de Carlos IV. En la parte central se iba a colocar en un estanque ya realizado la fuente de Hércules

y Anteo, que finalmente se utilizó para el Parterre. Más adelante se sustituyó el estanque por frutales, todo ello hoy inexistente. En los espacios frente a las fachadas menores del edificio se introdujeron varios cuadros de boj con un árbol en su interior, separados de la plaza con bandas tratadas también con seto de boj, mientras que en la fachada norte, antes del Exágono, se trazó un parterre a la francesa con dos piezas de bordado y el bosqueque excesivamente cerca de la edificación. De todos estos jardines formales restan las bandas de seto de boj laterales; en la oriental se construyó una caseta clasicista para albergar un bar, hoy en desuso.

La calle que lleva hasta la portada, llamada de Infantes, es una de las originales de la Casita. A ambos lados de dicha vía se sitúan dos estanques circulares, hoy muy deteriorados, junto a una vivienda para guardas de Diego Méndez, con proyecto de 1959. La puerta de Infantes, espléndida, se abre con una antepiazza pequeña como la existente en la primera o del Embarcadero. Parece creación, según Sancho, de Isidro González Velázquez, pues el uso del orden dórico, el suave almohadillado y el parecido formal con la del Casino de la Reina, obra segura del arquitecto, lo atestiguan. Se compone de dos elementos simétricos a cada lado de la reja: el más extremo es una puerta para paseantes que organiza un sencillo arco triunfal almohadillado que sostiene un magnífico entablamento con triglifos y metopas, fuerte cornisa y pequeño ático; unido por una verja de hierro se encuentra una columna de orden dórico con similar entablamento y cornisa coronada por un

jarrón, conjunto que sostiene la puerta de rejería de hierro cuya función es el paso de carruajes. En los laterales, igual que en el resto de puertas, se encuentran los pequeños pabellones de guardas de ladrillo visto y cubierta de teja árabe que se adaptan en planta a la forma curva de la antepiazza. Se debió construir después de 1803, pues Quindós no la nombra, pero antes de 1808, pues pertenece al reinado de Carlos IV.

Tras pasado el octavo jardín y la Casita del Labrador, anteriormente cerrado por una tapia hacia la parte oriental del Jardín del Príncipe, se encuentra una amplia franja de terreno que llega hasta el puente de la Reina y que fue denominada Isla del Estinarejo. Tras el cambio de cauce experimentado por el río Tajo la superficie se incrementó considerablemente y se pasó a llamar Jardín de la Princesa. Bajo iniciativa de Isabel II y el Gobernador de Palacio, el marqués de Miraflores –con este nombre se le conoce ahora–, se intentó en 1848 integrar este terreno de soto y pasto con el resto del Jardín del Príncipe, con proyecto paisajista de J. Whitby, que no se realizó. También se quiso ampliar hacia el sur, hasta el camino de Sotomayor. Esteban Boutelou y Francisco Viet, según Sancho, trabajaron en un plano con varios proyectos de plantación. El arquitecto y jardinero del Palacio Real de Madrid, Pascual y Colomer, junto a Viet, comenzó los trabajos el mismo año de 1848, con la obra civil a cargo del arquitecto del Real Sitio, Manuel Mesa, y la plantación del jardinero, Boutelou. Esta actuación se abandonó al ver la calidad del terreno, a pesar del ingente gasto realizado durante los dos años de trabajos. El proyecto presentaba la particularidad de inde-

pendizar, como ya hizo Paxton en Birkenhead, la circulación de carruajes de la de paseantes, así como buscar la variedad en la topografía a partir de la conservación de las irregularidades del terreno. Se ha utilizado recientemente como viveros, con piscifactoría y estación experimental, y en la actualidad no se visita. Su riego se realiza desde el Caz de las Aves a través del Caz del Malecón de la Solera.

Dentro del planteamiento de navegabilidad del río Tajo desde el Puente de la Reina hasta el cruce con el Jarama, se organizó un embarcadero en 1563 al final de la calle y cerca del puente, como se puede ver en el plano de Domingo de Aguirre dentro del actual parque de Miraflores, al que se accede por una calle lateral en diagonal que lleva a una amplia plaza arbolada (en la vista de L'Hermitte no aparece y según Sancho esta calle es de época de Fernando VI). Otra calle desde el mismo punto llevaba a un nuevo embarcadero en el libro de Farinelli de 1758, pero no aparece representada en el Aguirre.

Se cerró con una verja similar a la existente de madera y machones de ladrillo visto en el Jardín del Príncipe, pero se sustituyó por una de hierro y pilares nuevos entre 1902 y 1904. Tras la puerta del Labrador nos encontramos con una gran plaza semicuada, una de las planteadas en el siglo XVI por Gaspar de Vega y modificada por Juan Bautista de Toledo. Presenta dos sencillas puertas en los lados cortos, con sendos macizados en los módulos de las verjas, con su hueco de vigilancia como las existentes en la de San Francisco de Asís. Hasta llegar al puente de la Reina todavía se suceden dos puertas de este tipo simplificado, con los simples pilastrones intocados y la verja sustituida por las dos hojas. El machón de la última ya entronca con el arco realizado de la misma obra de fábrica para formar una antepiazza semicircular ante dicho puente sobre el río Tajo.

Por lo tanto, el Jardín del Príncipe conoce en su realización, básicamente, cuatro etapas: la organización de las huertas al norte de la calle de la Reina, a mediados del siglo XVI con Felipe II; la construcción de la zona del Embarcadero en el Sotillo, la calle de conexión, la unificación de las huertas y su cerramiento, con Fernando VI; la reestructuración de la zona y creación de los jardines paisajistas, en época de Carlos III; y, por último, durante el reinado de Carlos IV, la terminación de los cuatro últimos jardines y el de Miraflores. Su historia posterior, desde la importante destrucción de la Guerra de la Independencia, la desidia de la 1ª República—época en la que pasó a denominarse Jardín de Topete—, hasta la actualidad, con la sucesiva recuperación de los últimos años, no ha ayudado a proporcionar la unidad de que adolece el conjunto.

Este jardín del Príncipe está considerado por

muchos autores como uno de los primeros ejemplos paisajistas desarrollados en España, y no sólo por la existencia en su interior de varios jardines de este estilo, algunos muy notables, sino por la conjunción en un único jardín de varios elementos independientes de diferente procedencia conectados por un viario unificador a la manera paisajista: una sucesión continua de piezas, más o menos pintorescas, apoyada por la implantación “natural” de la vegetación y la introducción de otros elementos del muestrario a la moda inglesa, como estanques, arquitecturas de jardín, etc. Pero si el número de jardines es extenso, pues nos encontramos desde huertas del siglo XVI hasta realizaciones paisajistas de comienzos del XIX, no lo es menos el de trazados. Cada uno de ellos es independiente respecto a los demás y la falta de unidad general procede de un continuo añadido y superposición de piezas compositivamente cerradas en sí mismas y el jardín no presenta capacidad de organizarlas unitariamente, factores que permitirían hablar, en todo caso, de la existencia de dos jardines: el occidental, ordenado por Pablo Boutelou, que alcanzaría la calle de Isabel II, y el oriental, donde intervienen varias manos, entre las que destaca Juan de Villanueva.

En el primero, la falta de unidad entre la Huerta de la Primavera y la zona del Embarcadero con su calle y los límites obligan al proyecto de estructuración de Boutelou, que no es tal, pues la huerta queda como una isla dentro del trazado general, sin conexión ni relación compositiva, y lo mismo sucede con la zona del Sotillo, ordenada ortogonalmente como el Jardín Español o los cuadros de los pabellones del Embarcadero y sin relación espacial entre ellos, a excepción de la calle que los separa. Los jardines paisajistas de Boutelou, más cercanos a ejemplos franceses que ingleses, presentan un conocimiento del proceso de proyecto paisajista, especialmente el más septentrional, el denominado el desierto, cuya organización es más unitaria. En él las coronas perimetrales independizan la pradera interior del exterior, aunque con estratégicas aperturas al río Tajo en búsqueda de vistas, pero la continuidad se consigue mediante la conjunción de grupos de árboles —los *clumps* británicos—, y disimular, además, los límites geométricos. Este interesante ejemplo pretende asimismo coordinarse con el cruce de la tupida plantación del bosque lateral, operación integradora que se echa de menos en el resto del conjunto. Aún así, los jardines se plantean como independientes entre sí y con el resto de los trazados.

En la parte oriental, donde existía la posibilidad de organizar un conjunto paisajista homogéneo, encontramos un amplio terreno de carácter lineal separado por paseos arbolados

perpendiculares a la calle de la Reina que crean franjas independientes, yuxtapuestas, que incluyen departamentos de floricultura, invernaderos, huertas, viveros y bosque, sin relación compositiva en el trazado. La denominación desde Ponz de los jardines con una numeración —hasta el quinto en ese momento y el octavo ya terminado el conjunto— dice mucho de la atomización de la composición y la falta de coordinación espacial. Si bien dentro de ellos podemos encontrar obras interesantes, como el Estanque de los Chinescos o la ría de la cabaña del Ermitaño, el resto tiene un carácter afectado que la falta de mantenimiento y la irregularidad de la plantación le han devuelto a su calidad de soto.

Recientemente han sido recuperadas por el Servicio de Jardines y Montes de Patrimonio Nacional gran parte de las cacerías históricas y acondicionados el Jardín Español, la plaza de Pamplona, el entorno del Museo de Falúas, el Cenador de Rusiñol, las Huertas de Pabellones y Frutales y la Montaña Rusa, entre otras zonas del Jardín del Príncipe, según el Plan Integral de Recuperación del Jardín del Príncipe, de los arquitectos Manuel del Río Martínez, Juan Hernández Ferrero, la paisajista Margarita Mielgo, el ingeniero técnico agrícola Ricardo de la Torre, y la posterior intervención del ingeniero de montes Santiago Soria.

El conjunto fue declarado Monumento Histórico Artístico en 1931, está catalogado como Jardín Histórico dentro del Catálogo de Bienes a Proteger de la Revisión del Plan General de Aranjuez de 1996, así como Elementos singulares los cerramientos y puertas de acceso en el mismo documento urbanístico, y, además, se encuentra dentro del ámbito de Paisaje Cultural de la Humanidad, concedido a Aranjuez en 2001.

[AS]

Documentación

AGP, plano sig. 1.082. Plano del Palacio y Jardines del Real Sitio de Aranjuez, 1746. Santiago Bonavía.

AGP, plano sig. 563. Topografía del Real Sitio de Aranjuez ... , 1775. Domingo de Aguirre. Archivo Diego Méndez. Plano 363/125. Jardín del Príncipe. Aranjuez. Estanque de los Chinescos y alrededores. Arq. Diego Méndez, 1945. Archivo Diego Méndez. Plano 364/125. Patrimonio Nacional. Aranjuez. Pabellones del Jardín del Príncipe. Arq. Diego Méndez, 1945. Archivo Diego Méndez. Planos 322/124 y 323/124. Patrimonio Nacional. Aranjuez. Proyecto de Casa de Guarda. Arq. Diego Méndez, 1959. Archivo Margarita Mielgo. Proyecto de Restauración del Jardín del Estanque Chinesco. Jardín del Príncipe de Aranjuez. Patrimonio

El Sitio Real. Conjunto principal. Jardín del Príncipe

Nacional, Subdirección General del Patrimonio Arquitectónico, Departamento de Arquitectura y Jardines. Arq. Manuel del Río Martínez, Juan Hernández Ferrero, paisajista: Margarita Mielgo de Castro, ingeniero técnico agrícola: Ricardo de la Torre, 1990

Archivo Servicio de Jardines y Montes, Dirección General de Arquitectura, Patrimonio Nacional. Jardín del Príncipe. Servicio de Jardines, Parques y Montes, Sección de Bellas Artes, Patrimonio Nacional, (s.f.).

Archivo Servicio de Jardines y Montes, Dirección General de Arquitectura, Patrimonio Nacional. Memorias de Gestión.

Biblioteca Palacio Real Madrid. [Libro de Farinelli], 1758. Carlos Broschi Farinelli.

Biblioteca Palacio Real Madrid. Plano del Jardín del Señor Príncipe de Asturias en el Real Sitio de Aranjuez..., 1784. Pablo Boutelou.

Centro Cartográfico y Fotográfico. Ejército del Aire, sig. 7220, 1ª SCF. Casita del Labrador, 1969. Paisajes Españoles, sig. 89.231. Casita del Labrador

IGN. C32-A-4. Santiago Loup, 1810.

Bibliografía

AA. VV. El Real Sitio de Aranjuez y el Arte Cortesano del siglo XVIII. Madrid: Patrimonio Nacional y Comunidad de Madrid, 1987.

ÁLVAREZ DE QUINDÓS, J. A. Descripción Histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez. (Edición facsimilar de 1804). Aranjuez: Doce Calles, 1993.

CASA VALDÉS, marquesa de [T. Ozores y

Saavedra]. Jardines de España. Madrid: Herederos de Teresa Ozores y Saavedra, 1987.

CORRECHER, C. M. "Jardines de Aranjuez (II). Jardín del Príncipe". *Reales Sitios*, Año XIX. nº 73, 1982, pp. 21-38.

GUERRA DE LA VEGA, R. Juan de Villanueva, Arquitecto del Príncipe de Asturias. Jardines y Casas de Recreo en Aranjuez, el Escorial y el Pardo. Madrid: Ramón Guerra de la Vega, 1986.

GUIRAO MARTÍNEZ, B. "El Jardín del Príncipe: ayer y hoy", *Cuadernos de historia de Aranjuez*, nº 2, 1986, pp. 27-32.

LÓPEZ Y MALTA, C. Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez: escrita en 1868 sobre lo que escribió en 1804 D. Juan Álvarez de Quindós (edic. facsimilar de 1868). Aranjuez: Doce Calles, 1988.

MERLOS ROMERO, M. M. Aranjuez y Felipe II. Idea y forma de un Real Sitio. Madrid: Dirección General de Patrimonio de la Consejería de Educación y Cultura. Comunidad de Madrid, 1998.

MIELGO DE CASTRO, M. Y TORRE CAMPO, R. de la. "La restauración de jardines históricos: el Jardín del Príncipe de Aranjuez", *Reales Sitios*, 1994, nº 120, pp.56-62.

MOLEÓN GAVILANES, P. Juan de Villanueva. El proceso del proyecto. Madrid: COAM, 1988.

OLIVERAS GUART, A. Guía de Aranjuez. Madrid: Patrimonio Nacional, 1972.

ORTEGA, J. y SANCHO, J. L. "Secuencias gráficas de los palacios y sitios reales de Felipe V: Madrid, Aranjuez y la Granja de San Ildefonso", en AA.VV. *El arte en la corte de Felipe V* (catá-

logo). Madrid: Caja Madrid, Museo del Prado y Patrimonio Nacional, 2002, pp. 235-256.

PONZ, A. Viage de España. Madrid: Viuda de Ybarra, Hijos y Ca., 1787-1791, tomos I y XVI.

RABANAL YUS, A. "Los jardines del Renacimiento y el Barroco en España", en HANSMANN, Wilfred. Jardines. Del Renacimiento y el Barroco. Madrid: Nerea, 1989, pp. 325-408.

RUBIO ARAGONÉS, M. J. "Rejería artística cortesana del siglo XVIII en los reales sitios. II. El Real Sitio de Aranjuez", *Reales Sitios*, 1995, nº. 126, pp. 19-31.

SANCHO, J. L. La arquitectura de los Sitios Reales: catálogo histórico de los palacios, jardines y patronatos reales del Patrimonio Nacional. Madrid: Patrimonio Nacional, 1995.

_____. "El Real Sitio de Aranjuez y el Arte del Jardín bajo el reinado de Carlos III", *Reales Sitios*, XXV, nº 98, 1988, pp. 49-59.

SANCHO, J. L. y MARTÍNEZ-ATIENZA, J.: *Cartografía histórica de Aranjuez: Cinco siglos de ordenación del territorio*. Aranjuez: Doce Calles, 1991, 2 vols.

SERVICIO DE PLANEAMIENTO Y ORDENACIÓN TERRITORIAL DEL INSTITUTO JUAN DE HERRERA: *Revisión del Plan General de Aranjuez*. Madrid, 1996 (Estudio no publicado)

SOTO CABA, V.: "Jardines de la Ilustración y el Romanticismo en España", en *Jardines del Clasicismo y el Romanticismo; El jardín paisajista*. Madrid, Editorial Nerea, 1993; pág. 295.

WINTHUYSEN, J. de. Jardines clásicos de España: Castilla. Madrid, 1930.